



**Cielos, lloved vuestra justicia!**  
**¡Ábrete, tierra!**  
**¡Haz germinar al Salvador!**

Oh Señor, Pastor de la casa de Israel,  
que conduces a tu pueblo,  
ven a rescatarnos por el poder de tu brazo.

**Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!**

Oh Sabiduría, salida de la boca del Padre,  
anunciada por profetas,  
ven a enseñarnos el camino de la salvación.

**Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!**

Hijo de David, estandarte de los pueblos y los reyes,  
a quien clama el mundo entero,  
ven a libertarnos, Señor, no tardes ya.

**Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!**

Llave de David y Cetro de la casa de Israel,  
tú que reinas sobre el mundo,  
ven a libertar a los que en tinieblas te esperan.

**Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!**

Oh Sol naciente, esplendor de la luz eterna  
y sol de justicia,  
ven a iluminar a los que yacen en sombras de muerte.

**Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!**

Rey de las naciones y Piedra angular de la Iglesia,  
tú que unes a los pueblos,  
ven a libertar a los hombres que has creado.

**Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!**

Oh Emmanuel, nuestro rey, salvador de las naciones,  
esperanza de los pueblos,  
ven a libertarnos, Señor, no tardes ya.

**Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!**

**Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo**  
**Como era en el principio, ahora y siempre**  
**y por los siglos de los siglos. Amén.**

Vamos a hacer una lectura meditada de unas palabras del Papa Benedicto en su carta “En esperanza somos salvados”.

Estamos en un tiempo de esperanza. Vamos a celebrar el nacimiento de Jesús (que vino en Belén, que viene a nosotros y que vendrá al fin de la historia).

Y esta esperanza la vivimos en un tiempo de sufrimiento a causa de la pandemia y todo el dolor que lleva consigo

## I

### En los “infiernos”

37.

Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. En este contexto, quisiera citar algunas frases de una carta del mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin († 1857) en las que resalta esta transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe.

*«Yo, Pablo, encarcelado por el nombre de Cristo, os quiero explicar las tribulaciones en que me veo sumergido cada día, para que, enforvizados en el amor de Dios, alabéis conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia (cf. Sal 136). Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eterna su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo[...].  
¿Cómo resistir este espectáculo, viendo cada día cómo los emperadores, los mandarines y sus cortesanos blasfeman tu santo nombre,*

*Señor, que te sientas sobre los querubines y serafines? (cf. Sal 80 [79],2) ¡Mira, tu cruz es pisoteada por los paganos! ¿Dónde está tu gloria? Al ver todo esto, prefiero, encendido en tu amor, morir descuartizado, en testimonio de tu amor. Muestra, Señor, tu poder, sálvame y dame tu apoyo, para que la fuerza se manifieste en mi debilidad y sea glorificada ante los gentiles [...]. Queridos hermanos al escuchar todo esto, llenos de alegría, tenéis que dar gracias incesantes a Dios, de quien procede todo bien; bendecid conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia [...]. Os escribo todo esto para que se unan vuestra fe y la mía. En medio de esta tempestad echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón...».*

Ésta es una carta «desde el infierno». Se expresa todo el horror de un campo de concentración en el cual, a los tormentos por parte de los tiranos, se añade el desencadenarse del mal en las víctimas mismas que, de este modo, se convierten incluso en nuevos instrumentos de la crueldad de los torturadores. Es una carta desde el «infierno», pero en ella se hace realidad la exclamación del *Salmo*: «Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro... Si digo: “Que al menos la tiniebla me encubra...” ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día» (*Sal* 139 [138] 8- 12; cf. *Sal* 23[22], 4). Cristo ha descendido al «infierno» y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son terribles y casi insoportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento –sin dejar de ser sufrimiento– se convierte a pesar de todo en canto de alabanza.

## II

### Sufrir por amor

39.

Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo. Pero una vez más surge la pregunta: ¿somos capaces de ello? ¿El otro es tan importante como para que, por él, yo me convierta en una persona que sufre? ¿Es tan importante para mí la verdad como

para compensar el sufrimiento? ¿Es tan grande la promesa del amor que justifique el don de mí mismo? En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad. La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto, nos ha enseñado que Dios – la Verdad y el Amor en persona– ha querido sufrir por nosotros y con nosotros. Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión:... *“Dios no puede padecer, pero puede compadecer.”* El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder compadecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza. Ciertamente, en nuestras penas y pruebas menores siempre necesitamos también nuestras grandes o pequeñas esperanzas: una visita afable, la cura de las heridas internas y externas, la solución positiva de una crisis, etc. También estos tipos de esperanza pueden ser suficientes en las pruebas más o menos pequeñas. Pero en las pruebas verdaderamente graves, en las cuales tengo que tomar mi decisión definitiva de anteponer la verdad al bienestar, a la carrera, a la posesión, es necesaria la verdadera certeza, la gran esperanza de la que hemos hablado. Por eso necesitamos también testigos, mártires, que se han entregado totalmente, para que nos lo demuestren día tras día. Los necesitamos en las pequeñas alternativas de la vida cotidiana, para preferir el bien a la comodidad, sabiendo que precisamente así vivimos realmente la vida. Digámoslo una vez más: la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos. Los santos pudieron recorrer el gran camino del ser hombre del mismo modo en que Cristo lo recorrió antes de nosotros, porque estaban repletos de la gran esperanza.

## **Súplica**

Quédate con nosotros, Jesús nacido en Belén,  
aumenta nuestra esperanza cuando sufrimos y cuando amamos.